Ladrones de Tinta

Primera edición en Reino de Cordelia, mayo de 2021

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es
@reinodecordelia facebook.com/reinodecordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
C/Agustín de Betancourt, 25 , 5º pta. 24
28003 Madrid

El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Alfonso Mateo-Sagasta, 2004
Ilustraciones: © José María Gallego, 2021

IBIC: FA
ISBN: 978-84-18141-42-3
Depósito legal: M-10842-2021

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: María Robledano

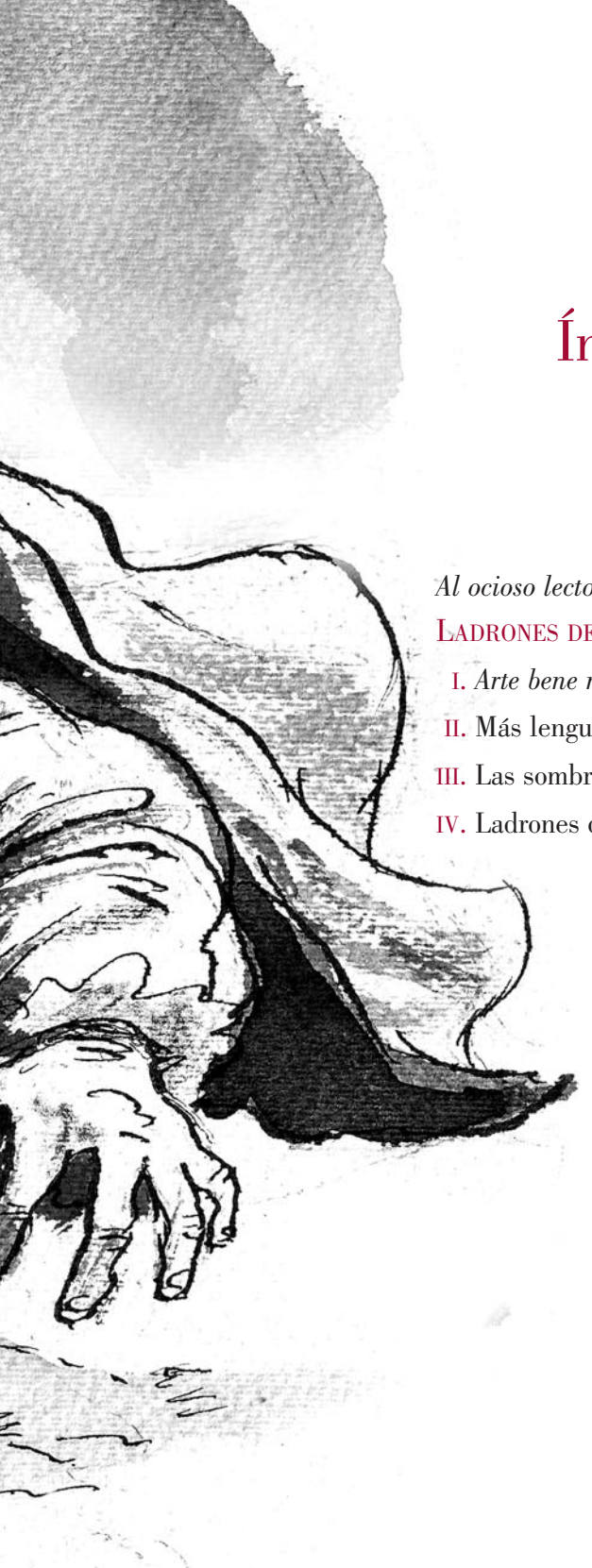
Imprime: Técnica Digital Press
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Ladrones de Tinta

Alfonso Mateo-Sagasta

Ilustraciones de José María Gallego



Índice

Al ocioso lector 15

LADRONES DE TINTA 17

I. *Arte bene moriendi* 19

II. Más lengua que manos 143

III. Las sombras del hidalgo 297

IV. Ladrones de tinta 449

A mis padres

Al ocioso lector

El mismo día que acabé de transcribir el manuscrito de Isidoro Montemayor encontrado por azar entre los documentos del archivo de la Casa de Cameros, decidí darme una vuelta por el estudio de Fernando Marañón. Por una de esas casualidades del destino, daba él la última pincelada a un magnífico retrato de un grupo de escritores hispanohablantes ataviados con mallas negras. Alabé la obra, Fernando preparó café y se interesó a su vez por mi trabajo. Al rato le pregunté si ya había pensado en cómo llamar al cuadro, y me contestó sin dudar: «Ladrones de tinta». Bonito título, le dije. Caímos entonces en la cuenta de que ambos habíamos dedicado los últimos meses a trabajar sobre sendos grupos de escritores. ¿Y cómo se titula el manuscrito?, preguntó interesado. Me temo que Montemayor nunca esperó que sus memorias llegaran a ver la luz, contesté yo, y a mí en este tiempo no se me ha ocurrido nada. Pasamos el resto de la tarde dando vueltas al asunto, pero descartamos todos los títulos que se nos pasaban por la cabeza, ninguno sonaba tan bien como el del cuadro. Cuando estábamos ya con la mente en blanco y a punto de separarnos, Fernando hizo una última propuesta: ¿Y por qué no lo llamas igual? ¿Igual a qué?, pregunté yo. Al cuadro, respondió; *Ladrones de tinta*.

Así que ya saben, si la historia les gusta, agradézcanselo a Montemayor por haber registrado los sucesos de aquel mes, si el título les parece acertado, feliciten a Fernando Marañón, y si encuentran alguna falta cúlpenme a mí por no haber sabido subsanarla.

Alfonso Mateo-Sagasta

Ladrones de Tinta

I

Arte bene moriendi

I

No había cumplido aún seis años, qué digo, cinco, cuando degollé mi primer pollo. Madaleno, creo que se llamaba, era rojo, tenía la cabeza pelada, una uña negra y le faltaba el espolón de la pata derecha. Recuerdo bien que el cuchillo estaba tan romo que el pellejo de su cuello se movía en la dirección de la hoja sin acabar de rasgarse. El animal forcejeaba con desespero, pero mi tío Evelino, que en paz descanse, tenía manos como cepos y paciencia de mercedario. Cuando al fin logré cortar la carne, un chorro de sangre tibia me salpicó la cara. Esa fue mi primera muerte. Su recuerdo pobló mis pesadillas durante años, aunque puede que fueran solo semanas, qué sé yo, pero en ese tiempo no hallé el modo de escapar de ningún sueño sin que Madaleno, gritando con voz de mochuelo, me retorciera la tripa con sus garras.

Desde entonces he sido testigo de sucesos atroces —figúrese, casi dos años en Flandes a las órdenes de Spínola y el hedor de Ostende entre los ojos, que es mal sitio y de peor memoria—, pero hasta hace unos días no había vuelto a soñar con nada de forma tan obsesiva como con aquel pollo. Los estertores de Madaleno, que tanto me impresionaron de niño, se ven empequeñecidos ante los de la muchacha que imagino colgando del pelo en el cadalso junto a dos ajusticiados, una niña de ojos grandes y expresión asustada que me reprocha con la mirada el haberla dejado morir. ¡A mí, que ni siquiera presencié su suplicio! ¡Qué le parece! Hay

cosas que no necesito ver para que su eco me atormente. Y lo peor es que me sorprendo aceptando su reproche con los ojos bajos, con la opresiva sensación de que el mundo es otro sin ella y aún no sé si me gusta.

Cada mañana intento tranquilizarme pensando que no fue culpa mía, que no estaba en mi mano salvarla, que los milagros quedan fuera de mi alcance, pero ni así consigo sacármela de la cabeza. Tampoco me consuela el que digan que tuvo un buen morir, qué quiere que le diga, no creo que ella suscribiera eso de que *un bel morir tutta la vita onora*, que decía Petrarca, porque a ver: ¿qué es un *bel morir*? ¿Puede alguien decírmelo? ¿Acaso hay un arte en eso de estirar la pata, de quedarse frío, inerte…? ¿Se podría decir que es «bello» ser desollado vivo por los turcos, llegar a ver cómo rellenan tu piel de paja y pasean el fantoche por la isla de Chipre? ¿Es «bello» dar la cara por una tapada junto al callejón de San Ginés y acabar con un palmo de acero enterrado entre los riñones? ¿Lo es morir descuartizado por cuatro galeras venecianas ante el Palazzo della Señoría mientras la chusma apuesta cuál de ellas se quedará con el trozo más grande? Hay quien diría que sí, sin duda, pero me da la impresión de que el cisne de Arezzo solo concibe el *bel morir* si va acompañado de profusión de sangre. La muerte en el lecho y a avanzada edad parece vulgar, prosaica, y a pesar de contar con numerosos adeptos, faltan poetas que troven sus excelencias. No hay quien se atreva a ensalzar la modorra y la aerofagia, no imagino a nadie recitando versos de ese cariz en una academia si no es bajo una lluvia de berzas y alcancías rellenas de huevos podridos.

Pero no me haga caso. Ya conoce usted mi tendencia a desvariar, pruebas de ello ha tenido a través de las cartas o gacetas que le he escrito a lo largo de estos últimos años. Sé que lo del *bel morir* no alude a ninguna cualidad estética de la muerte, nada tocante a su belleza o espectacularidad, sino al hecho de entregar el alma cumpliendo los preceptos de la Iglesia. Y en eso es cierto que los ajusticiados llevan ventaja, porque el óbito les llega recién confesados y comulgados y estando en gracia de Dios. Muchos firmarían por una suerte así, y si no que se lo pregunten a los jesuitas, para quienes el bien morir pasa por que el sujeto haga testamento, recibida la extremaunción, confiese y comulgue, y los amigos, nunca los familiares, rodeen su lecho para que pueda dejar en paz esta vida.

Con semejantes ideas rondándome la cabeza comprenderá que últimamente Madrid me huela a incienso, a cera, a crisantemos. A veces me despierto pensando que vivo en un enorme camposanto, una ciudad de conventos donde la muerte es la principal industria y los enormes cipreses que emergen tras sus tapias, altos y robustos como chimeneas de una fábrica de vidrio, la enseña de la prosperidad del negocio.

Me repugna estar tan sombrío. Encaro los albores de una vida nueva, pero me noto con las botas hundidas en el cieno. Por desgracia, no puedo seguir adelante sin echar un detenido vistazo a lo que dejo atrás, aun a riesgo de quedarme para siempre atrapado, convertido en estatua de sal.

2

Cuentan que el primero en traer una baraja a España fue un tal Pierre Papín, un jorobado gascón de quien se llegó a decir que había puesto negocio entre las putas portuguesas de la calle de la Sierpe de Sevilla. No puedo asegurarlo, nunca he estado al sur de Despeñaperros, pero el hecho de que el vulgo culpe de sus pecados a un francés me parece, cuando menos, tendencioso. Es cierto que son muchos los mendigos gascones que invaden nuestros caminos y ciudades en busca de una vida mejor, o de comida al menos, y que tal vez no sean inocentes de todos los males que se les imputan, pero no se puede negar que en estos tiempos sirven demasiado a menudo de chivo expiatorio. Yo creo que hay que ser justos; bastante tienen ya que purgar esos desgraciados por haber propagado la sífilis.

Antes me quedo con la versión de que el inventor de semejante arte fue un vecino de Madrid al que llamaban Vilhán. Tipo curioso, Vilhán, si es verdad la mitad de lo que cuentan. Versiones hay para todos los gustos. Según quién dirá que fue tahúr, comerciante, mozo de posada, albañil, espadero y qué sé yo. Puede que nada de eso sea cierto, pero hay algo de lo que sí estoy seguro: si inventó los naipes, el tal Vilhán debía de ser el mismo diablo.

Cuarenta cartoncillos pintados, eso es una baraja. Pero no se deje engañar. Bajo su aspecto inofensivo se esconde un arma de uso extendido entre ladrones. Se podría

decir que tanto vale espada al pecho como baraja sobre un tapete, aunque es peor la segunda, si me apura, porque el asalto en descampado no admite el crédito. Ante mis ojos he visto fortunas cambiar de mano, hombres de posición abocados al suicidio, mujeres dignas prostituirse en un envite; he sido testigo del desespero, la angustia, el miedo, la avaricia, el odio y la venganza, a veces en el curso de una misma noche. Pero qué les voy a decir yo si, mal que bien, vivía de ello. Hasta hace poco regentaba el garito propiedad de don Francisco de Robles, librero del rey y hombre de muchos y variados negocios, y puedo asegurar que entre velas, barajas y las propinas de los ganadores, eso que llaman el barato, no hacía mala finca.

Sepa, aunque de esto creo que ya hablamos en otra ocasión, que nací montañés e hidalgo. De lo primero da prueba la casa solariega que heredé de mis padres, aún en pie, anclada en la montaña por cuatro buganvillas que lamen sus muros como cuatro lenguas de fuego. En cuanto a lo segundo, no dispongo aún de ejecutoria que lo demuestre, pero es solo cuestión de tiempo. Tan pronto la consiga me pondré a leer los *Annales* de Cornelio Tácito (qué mejor maestro para aprender a moverse en la Corte), a cultivar la paciencia para aprender a disimular lo que sé y quién soy y el ingenio para simular todo lo contrario. Mi vida entonces dará un giro definitivo. Podré solicitar el ingreso en una Orden, un destino en Palacio, las Indias quizás. Y el amor. ¡Ah, el amor! Aunque no sé si para eso bastará una ejecutoria.

Mientras tanto, procuro ser cauto, ya me entiende, pasar desapercibido. Podría decirse que en el instante al que me remonto para empezar mi historia me conformaba con mi situación: tenía el asuntillo del garito y además me sacaba unos extras corrigiendo pruebas de imprenta y redactando gacetillas. Todos los viernes escribía una pequeña crónica de lo sucedido durante la semana en la Corte y la enviaba con ligeros retoques a tres clientes, uno de Zaragoza, otro de Ciudad Real y a usted mismo, y las cobraba mensualmente y por adelantado mediante sendas letras a cargo de uno de los cambistas de la plaza del Salvador. Lo suficiente para ir tirando. Eso sin contar con el *censo* que había heredado de mis padres y que destinaba casi en su totalidad a obtener la ejecutoria de la que antes he hablado. No es que me sobrara nada, al contrario, a veces pasaba estrecheces, pero convendrá conmigo en

que para un hidalgo es preferible morir de hambre en una habitación oscura que llevar a cabo un trabajo manual. Y no porque la sangre azul no sea buena ni para morcillas, como dice mi amigo Chete, sino porque las cosas no están como para renunciar a ningún privilegio.

Pero dejando a un lado mi abolengo, quiero aclarar que tenía aptitudes para las actividades que desempeñaba. Estudié en la muy ilustre Universidad de Alcalá, donde obtuve el grado de bachiller en Artes con todos los honores tras superar las pruebas de Súmulas, Lógica Magna y Filosofía Natural y Moral. Me hubiera gustado seguir estudiando hasta obtener el título de Teología, o Medicina o qué sé yo, pero las circunstancias no me fueron propicias. Un desafortunado accidente en una taberna me lanzó al exilio y a los brazos de la milicia, y luego la peste acabó con mis padres. Con ellos murieron mis sueños, mi sustento y mi futuro de estudiante.

Por otra parte, aunque reconozco que no domino la espada, herramienta tan principal en el garito como la propia baraja, me arreglo con la vizcaína y contaba con el respaldo de Rafael y Manfred, dos mercenarios cuya soldada dependía de mi bienestar. Pero es que además, pese a no ser jugador, huelo a los fulleros, conozco las flores y no se me da mal cubrir sus celadas si el reparto beneficia a la casa.

Como puede suponer, carecía de sueldo fijo, aunque tampoco cobraba a mercedes. En un sitio me pagaban por errata marcada, y en el otro me aviaban con un porcentaje del barato.

Del personal, algo he dicho. Manfred y Rafael se turnaban junto a la puerta, en el zaguán y dentro de la sala. El primero era un veterano de Flandes, tosco pero de fiar. Rafael era otra cosa. No era un soldado de verdad, nunca había entrado en combate. Cuando decidió probar suerte en la carrera de las armas lo hizo enrolándose en una de las compañías privadas a las que dio licencia el marqués de Santacruz para expulsar a los moriscos. Recordará que el Estado no contaba con naves suficientes para llevar a cabo la deportación masiva que ordenó el duque de Lerma, así que se tuvieron que alquilar barcos privados a los que se pagaba por viaje cumplido y número de pasajeros. Los puertos de Levante se llenaron de todo tipo de

gentuza. Cualquiera que tuviese algo que flotara, piratas incluidos, se puso al servicio de la Corona, y no fueron pocos los desalmados que, cegados por las primas, arrojaban su carga en mitad del mar para volver a por más. Rafael cumplió su servicio en uno de esos barcos malditos, y fue uno de los que multiplicaron su soldada haciendo saltar por la borda a golpes de alabarda a hombres, mujeres y niños aterrorizados. Eso aún lo lleva escrito en la cara y en ese mirar de abajo arriba que eriza el vello de la nuca y que fue determinante para que el jefe lo considerara idóneo para el puesto.

Aparte de los jaques, estaba Pascualín, un mozo de unos trece o catorce años que atendía los caprichos de los clientes y vaciaba orinales, y don Ricardo, aunque este era más bien socio que empleado de don Francisco de Robles. Don Ricardo es un prestamista con banco en la plaza del Salvador, que cuando cierra la oficina de día, se deja caer por el garito a la caza de perdedores con ganas de recuperarse. Ya conocerá el dicho: «Coimero sin prestador es galera sin remos».

El garito ocupa la planta sótano del edificio que Robles posee en la calle Santiago, cerca de la Puerta de Guadalajara. En la principal, con puerta a la calle, está la librería, una de las más reputadas de la Corte. En ella se ofrecen volúmenes de ciencia, poesía, obras de entretenimiento, algunos editados por el mismo Robles. En la planta de arriba se encuentra su vivienda y oficina. El garito carece por completo de ventilación, las paredes amarillean de humedad y el techo bajo está ennegrecido por el humo de velas y candiles. El local es diáfano y en él se pueden montar ocho mesas de juego con comodidad, doce si los jugadores soportan rozarse los codos. Adosado a un muro hay un aparador con el material necesario: velas, candiles, naipes y un par de orinales para aliviarse sin tener que moverse del sitio. Frente a él, en un incensario de hierro, suelen humear pebetes de sicómoro, que disimulan, en lo posible, el tufo agrio de sudor seco.

Pero a pesar de sus carencias, el garito cuenta con una nutrida clientela. La mayoría son comerciantes y escribanos que prefieren su relativa modestia, por no decir miseria, a la opulencia de la casa de la calle de Milaneses, frecuentada por altos funcionarios y aristócratas y que, por el hecho de ser legal y pagar unas cuotas al regimiento de la ciudad, cobra entrada. Esto no quiere decir que la de Robles sea

totalmente ilegal, al fin y al cabo mi jefe abona una cantidad periódica a don Salvador Remedo, alcalde de Villa y Corte y jefe del distrito, a cambio de su tolerancia y protección.

Hago tanto hincapié en todo lo relacionado con el garito porque es el punto de partida de mi historia. Aquella noche el local estaba medio vacío, lo normal en el mes de agosto, dos mesas jugando a *cientos* y una tercera con dos clientes que mataban el tiempo apostando a la carta más alta hasta que una mujer tomó plaza y propuso una partida de *hombre*. No hace falta que le diga que en Madrid no hay más losas que las de palacio, todo es tierra y torrenteras, y en los áridos veranos manchegos la ciudad se convierte en un horno saturado del polvo que levanta el continuo tráfago de gente. Los que pueden, se alejan. El rey baja al Buen Retiro, o se va al Escorial, o a Aranjuez, y los aristócratas van y vienen de sus residencias de campo. Además, en verano se recrudecen las epidemias, a pesar de toda la basura que se vierte en la calle y que se deja pudrir para atenuar en lo posible la excesiva pureza del aire del Guadarrama. Yo mismo acababa de sobreponerme a unas tercianas y aún arrastraba algo de fiebre cuando la necesidad me puso de nuevo en mi puesto. Por eso la entrada de aquella mujer, tan fuera de tiempo y lugar, llamó tanto mi atención.

Llegó pasadas las diez de la noche, cubierta con un mantón oscuro pinzado con la mano sobre el rostro. En cuanto entró acudí solícito a hacerle los honores. La saludé con una profunda reverencia y ella correspondió con una distraída inclinación de cabeza. No dijo su nombre, ni falta que hacía. De lejos olía a dama principal y era mi trabajo, si así ella lo requería, garantizar su anonimato. Dudó unos segundos más, y por fin decidió descubrirse. Pascualín recogió el manto y se lo entregó al lacayo que la acompañaba. Era una mujer mayor, de unos cincuenta diría yo, aunque conservaba la mayoría de los dientes, morena, algo gordita, con el cutis terso y las manos suaves y blancas, como las de esas que duermen con guantes rellenos de sebo de perro. Al sentarse a la mesa colocó frente a ella una cajita de pastillas aromatizadas de alcorza.

El lacayo se sentó en una banqueta y se apoyó en la pared. A pesar del calor permaneció embozado con la capa y ni siquiera tuvo a bien quitarse el sombrero.

Sus mejillas mostraban cicatrices. Recuerdo que pensé que serían de la viruela, por el modo en que se cubría la cara.

La dama pagó velas, pidió baraja nueva, rasgó el precinto del fabricante y empezó a repartir con soltura. Venía bien provista de escudos, y esa es noticia que se propaga más rápido que el fuego. Por eso, pasados tres cuartos de hora en que la suerte fue cambiando de mano sin grandes sobresaltos, no me sorprendió ver asomar al irlandés. Imaginé que alguno de los que habían salido en el último rato sería un entretenido o un enganchador de los que pululan localizando mirlos blancos con que cebar a sus gavilanes.

3

En los últimos tiempos los irlandeses se han convertido en una pesadilla. Son muchos los nobles de ese país, enemigos de Inglaterra y de los protestantes, que reconocen como rey a nuestro Felipe III y nos envían a sus jóvenes a formar como sacerdotes en las filas de la verdadera Iglesia o como soldados en los tercios viejos que combaten en Europa manteniendo a raya a la herejía. Es con fuego como mejor se combate el fuego, y los irlandeses, gente brava y vehemente, rindieron un buen servicio a la Corona mientras Isabel reinaba en las islas. Pero al morir la bruja, las cosas cambiaron. Su sucesor, Jacobo I, inició una política de acercamiento con la Corte de Madrid que culminó en la Paz de Londres de 1604, una de las tantas que firmó el duque de Lerma en esas fechas en nombre de su católica majestad.

Aún no sé si para bien o para mal, pero lo cierto es que llevamos casi diez años de paz, en parte por voluntad del valido y en parte por un increíble cúmulo de buena suerte, porque no sé de qué otro modo llamar al oportuno asesinato de Enrique IV de Francia. Oportuno para nuestros intereses, claro. Imagínese lo que podía haber sido esto. El Borbón estaba dispuesto a invadir gran parte de Flandes mientras sus aliados, el duque de Saboya y la república de Venecia, se hacían con Milán, y todo ello orquestado con una revuelta general de moriscos en la

costa levantina para garantizar que España no pudiera repeler las agresiones. Además, en esa época, hablo de hace unos cuatro años, nuestros mandatarios estaban tan ocupados saqueando las arcas del Estado que hubieran sido incapaces de reaccionar. Pero ya digo que hubo suerte. Y no es que desde entonces hayan cambiado mucho las cosas, pero la detención del secretario Franqueza parece haber enfriado un poco el afán de rapiña de nuestros próceres. Tampoco hay ya moriscos en las costas, de ellos se encargó el conde de Salazar, y muerto el francés, saboyanos y venecianos perdieron su lazarillo. Algo es algo, aunque a veces ni siquiera todo es suficiente.

Hablaba de los irlandeses y me he ido por las ramas. Es lo malo de haber dedicado tantos años a las gacetas, uno tiende a acumular datos que acaban sirviendo solo para liar la madeja y aparentar que se poseen unos conocimientos, y está mal que yo lo diga, de los que se carece. Entiéndame. Digo que está mal porque nadie valora al mago que desvela el truco, y no quisiera yo ahora que usted, que tan religiosa y generosamente ha pagado mis envíos de noticias y sueltos y que tantas veces me los ha alabado, pueda pensar que le engañaba. Pero a lo que iba. Durante todos estos años en que hemos dejado de abonar los suelos de Flandes con despojos de irlandés, se han ido amontonando en nuestras ciudades hasta el punto de empezar a crear problemas. Ellos dicen añorar la bruma de su isla, y yo quiero creerles, que parece que se les saltan las lágrimas cuando la mentan, pero lo único cierto es que no hay quien los saque de los figones de nuestros pueblos. Hay tantos irlandeses ociosos en la Corte que hace tres años se decretó su expulsión, pero lo único que se consiguió fue que se dispersaran durante un tiempo. Intentar echarlos de aquí es como pretender espantar un bando de zorzales de un huerto lleno de cerezas maduras.

El irlandés al que yo me refiero se llama Peter Donahue. Nació en Irlanda, en Thirsty, creo, un pequeño caserío al sur de Omagh, y llegó a Madrid para estudiar en el Colegio de los jesuitas con vistas a ingresar en el seminario. Era el tercer hijo de una familia empobrecida, de los que saben que su única esperanza de medro pasa por la promoción eclesiástica, pero al joven Donahue la vida de seminario se le hizo demasiado triste en una ciudad tan vital. Le quedaba, pues, el

ejército, pero desoída la vocación religiosa, ignoró también la militar. Tenía el muchacho sed de libertad, el ingenio despierto, las manos hábiles y un enorme caudal de simpatía. En el mundo del juego se le conoce por dos apodos diferentes: *Drake*, como el corsario inglés, porque odia a los ingleses más que a nada en el mundo; y *Barbanegra*, porque es pelirrojo.

Peter Donahue *Drake Barbanegra* suele vestir con elegancia, incluida la capa larga —no cree que el herreruelo haga honor a su talle—, sombrero emplumado con cinta de plata y jubón negro. Lleva la barba redondeada y peinada hacia arriba y los bigotes con la guía retorcida apuntando hacia las orejas. Aquella noche apareció acompañado de un *doble* y un rufián, que también conocía de vista. Uno de los de la mesa de la señora le cedió el puesto diligentemente después de haber perdido una pequeña cantidad.

—Confío en que la señora no tenga inconveniente —dijo Peter, galante, barriendo el suelo con las plumas del sombrero.

—En absoluto, por favor —respondió ella señalando con la mano el sitio vacío.

El irlandés reclamó la presencia del mozo y le entregó la capa, el sombrero y el tahalí con la espada. La daga prefirió conservarla al alcance de la mano.

—A ver, muchacho —dijo luego—. Tráenos unas tablas de quesos, embutidos y dos frascas de vino. Y mércate un jarro de aloja helada de la Mirasola para la señora. Hace un calor de mil demonios.

Pascualín cogió el dinero que le tendió el irlandés y salió corriendo a cumplir los encargos. Allí no teníamos comida ni bebida a disposición de los clientes, la ley no lo permitía, y era una pena. El jefe lo había intentado esgrimiendo un argumento de peso: ya que el local es ilegal, decía, ¿a quién le puede importar si se come en él?, pero don Salvador Remedo, nuestro alcalde y protector, no estaba de acuerdo. A mi modo de ver, el problema era que los mesones y figones le pagaban más porque no permitiera la comida en los garitos que lo que estos le ofrecían por autorizarla, pero, en fin, no quiero yo entrar a pelear una guerra que no me corresponde.

Al poco de sentarse Donahue dejó la mesa otro de los jugadores y su sitio fue ocupado por un *cierto* de la camarilla del irlandés. Yo ya había visto antes el pro-

ceso. Donahue solía perder las primeras manos, y en cada ocasión felicitaba al afortunado ganador, la dama en un par de ocasiones. Luego procuraba alternar pérdidas y ganancias mientras el gancho que le acompañaba empezaba a ganar sistemáticamente pero sin grandes aspavientos hasta que pelaban al cándido. El sistema era lento, meticuloso y poco ofensivo para el perdedor. Estaba pensado para desplumar a todo un caballero.

—Es increíble —solía decir, estableciendo con el primo una suerte de complicidad entre desfavorecidos—, pero no podemos dejarlo ahora, la buena fortuna de este hombre no puede durar siempre. La próxima mano debe ser nuestra.

Me daba pena la señora, pero el juego no es negocio de afectos. Mi obligación se limitaba a controlar las ganancias del fullero para ajustar luego el porcentaje de la casa. De todos modos, considerando que parecía una dama de calidad, las pérdidas eran razonables.

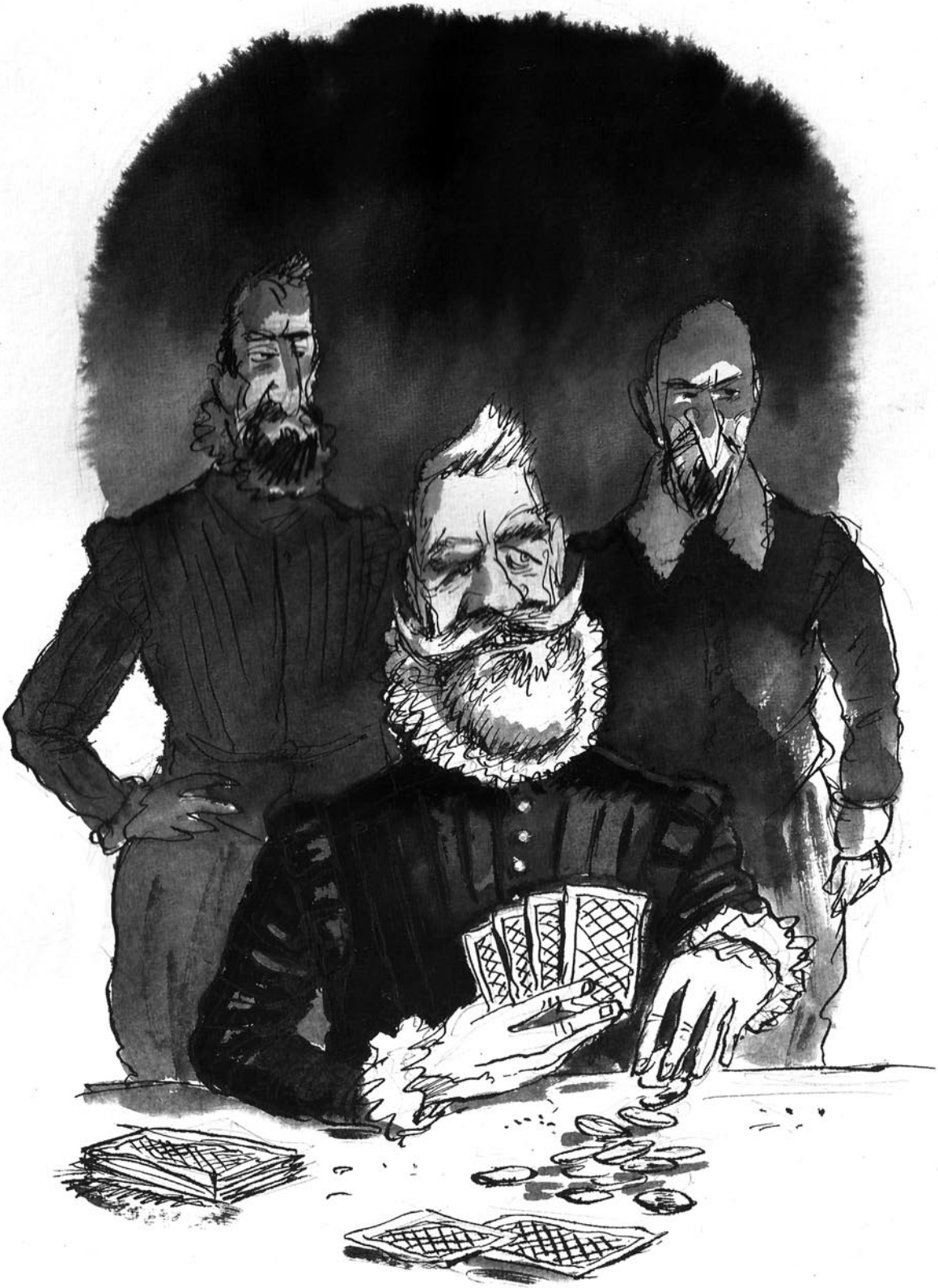
Hora y media más tarde, a la mujer no le quedaba ni un escudo en la bolsa y el irlandés también «perdía» una jugosa cantidad, pero animaba al resto a seguir jugando. Pensé que la señora, escarmentada, cambiaría discretamente de aires, pero en vez de despedirse me hizo una señal para que me aproximara.

—Supongo que puedo contar con crédito en su casa —dijo cubriéndose la boca con el abanico, y al ver que yo dudaba, añadió—: Por supuesto, puedo identificarme.

Donahue barajaba como si la cosa no fuera con él. Los demás jugadores, incluyendo los de las otras mesas, quedaron un momento en suspenso pendientes de mi respuesta. El prestamista sabía perfectamente de qué iba la cosa, así que se puso en pie dispuesto a extender un pagaré. Mi obligación era requerirlo, servirle al perdedor en bandeja, pero no lo hice. Había algo sobrecogedor en la mirada de esa mujer.

—Señora, no dudo de su crédito, créame, pero el banquero con el que solemos trabajar está enfermo y yo carezco de poder. Lo siento, pero estos días solo se puede jugar al contado.

La mujer me miró contrariada, no menos que el irlandés y ni que decir tiene que don Ricardo, pero, bien por mantener oculta la flor, bien por suponer que



alguna razón tendría yo para dejar escapar a semejante pera en dulce, ninguno me contradijo hasta ver la reacción de la dama.

—¡Cómo es posible! —protestó ella—. Le aseguro que…

Sentí su aliento tibio con aroma a azúcar y almidón y me reafirmé en mi propósito.

—No es falta de confianza. Hágame caso.

Hice seña entonces a su criado para que acudiera en ayuda de su ama y la sacara de allí cuanto antes, pero el tipo o no se enteraba de nada o llevaba parte de Barbanegra, cosa que también era posible. El caso es que dormía o se hacía el dormido, pero no se movió de su banqueta. Di unos pasos hacia él para hacerle reaccionar, y entonces oí a mis espaldas a la señora dirigirse al *cierto* que ganaba en aquel momento:

—Tal vez usted me acepte un pagaré.

—Desde luego, señora, faltaría más —respondió el otro.

—Señora —intervino el irlandés—, permita que sea yo su fiador. Para mí sería muy doloroso que se retirara en este momento. Tengo la horrible sensación de haber sido yo el causante de su mala racha.

—En absoluto, caballero, no diga usted esas cosas —respondió ella.

—No sabe qué enorme peso me quita de encima, aunque lamento que… ¡Hombre! Qué casualidad… Si está don Ricardo —dijo haciendo una seña al prestamista para que se aproximara a la mesa—, no le había visto.

Supongo que don Ricardo dudaría un momento antes de acudir a la llamada, al menos eso quiero pensar para salvar un resto de autoestima, pero el caso es que acudió y el irlandés, saltándose mi decisión, se despojó de una venera de diamantes que llevaba prendida al pecho y se la tendió al prestamista.

—¿Sabe usted algo de la enfermedad del banquero de don Francisco? —preguntó echándome una mirada de reojo.

—No. Es la primera noticia que tengo.

—Confiemos en que se restablezca pronto. Es una suerte que esté usted por aquí. ¿Cuánto me daría por esta venera? Necesito liquidez con urgencia.

—Sabe que cuenta con todo mi crédito. ¿Cuánto necesita?

—Deme quinientos reales, y entregue la mitad a la señora —dijo en tono galante.

—No puedo aceptarlo —protestó ella.

—Por favor, es una nadería, pero debe usted prometerme que hará morder el polvo aquí a nuestro matador.

—Caballero, señora —se defendió el otro—, les ruego que no unan sus armas contra mí.

—¿Acaso su venera tiene más crédito que mi collar? —preguntó la dama señalando el que llevaba al cuello y que era de perlas como garbanzos.

—Aguarde un momento —dijo Donahue al prestamista—. Tiempo habrá para eso. Conservémoslo como reserva —le susurró a la dama guiñándole un ojo.

La mujer sonrió. Parecía aliviada, Donahue se la había ganado por completo. En aquel momento debería haberme callado para que siguiera el expolio. Aquella mujer no abandonaría el ara hasta la última gota de su sangre. Sin embargo, me molestaba que el irlandés y el prestamista hubieran decidido saquear a alguien sin mi consentimiento. Al fin y al cabo yo era allí el jefe del cotarro y quien tenía que decidir esas cosas, así que volví hacia la mesa con el soñoliento criado arrastrando los pies detrás de mí y dispuesto a poner a la señora en la calle por cualquier medio, cuando la manaza de Manfred se posó en mi hombro.

—Jefe rápido arriba —dijo con su particular brusquedad.

—Dile que ahora voy —respondí.

—Ahora, ahora. ¡Jefe rápido arriba! —insistió apremiante.

Manfred era el último fichaje del negocio, y sospecho que el factor determinante de su elección fue su escaso conocimiento del castellano. Desde que nuestro magnánimo monarca Felipe III y su ínclito valido el duque de Lerma firmaran la paz con los Países Bajos, Francia, Inglaterra y qué sé yo cuánta gente más, la mayoría de los veteranos de los Tercios vagabundean por Europa a la espera de mejores tiempos en que la rapiña y el saqueo sean otra vez legales. La gran mayoría de ellos acaban recalando en Madrid en busca de recompensas o destinos, lo que a menudo se traduce en putas y una buena esquina en el barrio de Lavapiés donde cobrar peaje. Otros se inclinan por la mendicidad sinfónica, curioso invento de los alemanes, pero Manfred es de los que en vez de ganarse unas meajas cantando a coro en la puerta de alguna iglesia optaron por alquilar el hierro. Lo cierto es

que tiene buena estampa para el empleo; es grande, rubicundo, zambo y un poco agobiado de espaldas, perilla en gancho y bigotes de guardamano. Apenas habla castellano, pero se hace entender con señas perentorias y el habla de germanía con que se manejan en el ejército. En cualquier caso es hombre de pocas palabras. Ahorra las amenazas. Es de los que te metería una cuarta de hierro en los riñones antes de que tú te calentaras lo suficiente como para empezar a insultarlo. En su ambiente, eso marca la diferencia. Pero también ha tenido suerte, como atestiguan los despachos que siempre lleva consigo en su cañón de lata. No es un vulgar rufián. Sus documentos aseguran que participó en la toma de Ostende, sitio al que yo también asistí, y luego en los asaltos de Oldessel y Rheinberg, donde cayó herido de arcabuz en la pierna derecha. De resultas le quedó solo una leve cojera que hace su andar más chulesco.

—Ahora, ahora, jefe rápido arriba —insistió mascando las palabras.

Hice una señal a Rafael para que estuviera atento a lo que ocurría y, de camino a la escalera, empujé al criado de la señora en dirección a su banqueta.

4

Cayó a mi espalda el cortinón que ocultaba la escalera de servicio. Aunque apagadas, seguí oyendo las risas y las voces de la sala de juego. Calculé que, a ese ritmo, en poco más de una hora don Ricardo anotaría la filiación del marido para abanicarle con unos cuantos pagarés.

Pero ese ya no era mi problema.

El ambiente en el zaguán era más fresco. Una ventana alta, la puerta interior de la librería y las portadas del patio trasero estaban abiertas favoreciendo una ligera corriente de aire. Delante del tramo de escalera que subía al piso alto estaba la banqueta que solía ocupar Manfred. Junto a ella había un tomate aplastado, unas raspas de sardinas y un par de mondas de melón. Dos gatos salieron disparados en cuanto irrumpieron nuestras sombras proyectadas por la vacilante luz del candil. Me detuve un instante para ahuecarme el jubón y sentir la caricia de la brisa lamiéndome la espalda y el pecho. Sentí un alivio instantáneo, que desapareció tan pronto la camisa húmeda volvió a pegarse a mi piel.

El último tramo de escalera lo subí solo. ¿Cómo podía el jefe haberse enterado de mi pequeña traición? Espías. Escuchas. Agujeros en el muro. ¿Dónde? Si me echa no podré pagar el cuarto. Pero tengo mis motivos, me dije, mire, don Francisco, no es que conozca a la señora, pero lo que están haciendo con ella no es bueno

para el negocio. ¿Que por qué no? Pues porque es evidente que se trata de una dama principal y el irlandés es demasiado conocido; si se llega a saber que hemos dejado que la seque, se nos echarán encima y don Salvador se verá obligado a cerrar el garito.

La puerta estaba entornada. Llamé un par de veces. Acudió Damián, el encargado de la librería de la planta baja, y me apremió a entrar con un gesto. Su presencia allí me desconcertó, era muy tarde para que estuviera todavía trabajando. Se le veía nervioso, lívido a pesar del fino sudor que reflejaba en su piel la luz del candelabro con que me precedió por el pasillo. Se diría que tenía la cara recién barnizada. ¿Habría sido él el espía? ¿Era yo el que lo ponía tan nervioso? Mire, don Francisco, empecé a ensayar de nuevo, puedo explicar lo de abajo… Damián golpeó suavemente la puerta entreabierta del despacho, la empujó y me cedió el paso. El chirrido de los goznes se superpuso a mi saludo.

El despacho era una habitación pequeña sin ventanas con una puerta gruesa de madera y alma de acero montada después de haber metido un arcón de hierro con refuerzos y dos cerraduras. Una caja fuerte que contenía otra caja fuerte. Además del arcón había una gran mesa de nogal de patas estriadas y fiadores de hierro con una gaveta en un lado y un recado de escribir en el centro; dos sillones fraileros tapizados de terciopelo rojo, uno a cada lado de la mesa, y un bargueño veneciano taraceado con maderas nobles simulando paisajes urbanos. En una esquina se quemaba sándalo en un pebetero de pie de bronce para disimular el hedor de aire corrupto de una habitación que no se ventilaba nunca. Sobre el arcón, centrado en el muro, colgaba un cuadro de Juan van der Hamen representando un enorme jarrón de flores, y en el muro de enfrente un bodegón de Sánchez Cotán, ambos recibidos como pago de la deuda de un carnicero de la plaza de la Cebada.

—Adelante, Isidoro, siéntate —dijo don Francisco señalando la silla que estaba frente a la mesa.

Él se levantó y se dirigió al arcón. Después de hurgar entre unos papeles sacó una bolsa de monedas y volvió a ocupar su silla. Me miró sorprendido de que yo aún siguiera de pie y me apremió a ocupar la otra silla con un gesto brusco

del mentón. Yo obedecí. Damián entornó la puerta y se quedó a mi espalda, inseguro, en mi opinión sin saber bien si era eso lo que se esperaba de él o si debía marcharse.

Físicamente don Francisco de Robles es un tipo vulgar, algo cabezón, quizá, con las orejas muy pequeñas, el pelo ondulado, el mentón rasurado y el bigote recortado por la línea del labio. Yo diría que lo único que llama la atención es su tripa, grande y tersa como cuero de atabal.

—Supongo que sabrás por qué te he hecho subir —dijo con voz profunda.

—Puedo explicarlo. Creo que es un error permitir que el irlandés…

Me callé. El jefe frunció ligeramente el ceño y yo me callé. No sabría explicar por qué, pero sentí que no iban por ahí los tiros. Me fijé en que esa noche vestía ropas caras; jubón, ropilla y calzas de terciopelo, medias de seda, cuello grande de lechuguilla, cinturón tachonado con filigranas de plata. Nada que ver con el conjunto ajado y con manchas de tinta que solía vestir en el despacho, así que supuse que acababa de llegar de una cita importante o de una de sus reuniones en las covachuelas de palacio en donde ultimaba sus cambalaches.

—¿Lo conoces? —me preguntó tendiéndome un papel con un nombre escrito.

—Also Hernández de Avellanera —leí. Me costó descifrar la letra. Estaba escrito a vuelapluma, y no precisamente con una bien afilada.

—Alonso Fernández de Avellaneda —me corrigió—. ¿Lo conoces?

—¿Debería?

—¿Es que no tienes amigos escritores? —preguntó inclinando un poco la cabeza.

Su mirada no presagiaba nada bueno. Los ojos se le almendraron y sentí que Damián se agitaba inquieto detrás de mí.

—Alguno —respondí sin mucha convicción—, pero no. No he oído hablar nunca de Avellaneda. De todos modos, usted conoce a más escritores que yo. De hecho, la mayoría de los que conozco ha sido a través suyo.

Don Francisco me miró con cara de cansancio, parapetado detrás de sus negras cejas. Después de dudarlo un poco, continuó.

—Este no es un autor famoso, ni siquiera con futuro. Es basura.

—Entonces… ¿Qué interés tiene en él?

—Me la ha jugado. Ese hijo de perra me la ha jugado. Me ha jodido, ¿entiendes? Jodido.

Volvió a quedarse en silencio. Dos perlitas blancas de saliva asomaban en las comisuras de los labios. Su mirada hacía daño. En ese momento no encontré nada apropiado que decir. Decidí que lo mejor era esperar a que soltara él todo lo que quisiera y a su ritmo. Entretanto, procuré relajarme. Me fijé en la línea de polvo en los extremos de la mesa, en los papeles rotos y arrugados del suelo, en el estilete con que el jefe afilaba las plumas, en el bodegón de Sánchez Cotán: dos perdices ahorcadas, tres manzanas, una caña con una ristra de zorzales ensartados y las pencas pilosas de un enorme cardo. No estaba mal. Quedaba bonito. Hacía poco que había visto uno parecido, supongo que del mismo pintor, o de su taller, que parece que ahora todo se hace en serie. Nadie le saca más partido a la bolsa de la compra. ¿Dónde había sido? ¿Dónde? ¡Ah! En casa de Andrés de Almansa. En la salita. Frente al repostero. Almansa, Almansilla, Almansete. Yo diría que era el mismo cardo. Faltaban las zanahorias.

—¿Seguro que no lo conoces? —insistió.

—Seguro. Pero ¿cuál es el problema?

Por un instante temí que volviera a guardar silencio, pero no fue así.

—¿Recuerdas cuando edité el *Quijote*? —me preguntó.

—Claro que me acuerdo, fue mi primer trabajo. Acababa de regresar de Flandes, hará siete u ocho años.

—Diez.

—¿Ya?

Robles cambió el peso de un brazo de la silla al otro, juntó las manos y entrecruzó los dedos sobre la tripa. Eran manos grandes y fuertes, con los nudillos llamativamente peludos. En el pulgar de la mano derecha destellaba un anillo rematado con un sello de oro.

—Mira, en el negocio de los libros he tenido mis más y mis menos, pero siempre me he preciado de olfato —dijo llevándose el índice a la nariz—. Cuando leí el *Guzmán de Alfarache* me dije: esto va a ser negocio, se va a vender, ¿es verdad o no?

—Es verdad, don Francisco, es verdad —asintió Damián servicial.

—Y no me equivoqué.

—No, don Francisco. Y se sigue vendiendo muy bien todavía.

Robles alzó las cejas.

—Por eso, cuando Agustín de Rojas me propuso editar su *Viaje entretenido* me dije: adelante. Porque estas obritas de evasión gustan a la gente, se venden bien y no hace falta ser erudito para pasar un buen rato riéndose de unas cuantas simplezas.

Robles se quedó mirándonos para ver si le seguíamos.

—Y acerté, ¿o no?

Damián y yo asentimos solícitos. A esas alturas ya tenía bastante claro cuál era el papel de Damián en aquella reunión, aunque el mío todavía era un misterio.

—Y luego vino Cervantes con su *Quijote*. Lo vi, lo leí y me dije: este puede ser un buen negocio. ¿Y qué pasó?

—Que volvió a acertar, don Francisco —se apresuró a contestar Damián.

Robles agitó una mano como un músico ante su orquesta.

—En efecto. Hombre, no es el *Guzmán*, pero no hay que ser siempre el número uno. Mateo Alemán es un genio, yo no le pido tanto a don Miguel. Pero aunque no fuera una maravilla fue mi primer buen negocio de verdad con esto de la literatura desde que heredé la librería. Y eso que tenía mis dudas, lo reconozco, pero el olfato, ¡ay, amigo!, el olfato. Ya sabes que las noveletas son un género en el que nunca había invertido, lo nuestro son tratados científicos y obras clásicas, qué te voy a contar, llevas diez años corrigiendo pruebas para mí, pero el público… ya se sabe. Por aquel entonces me la jugué y acerté. En dos meses dos ediciones, más de tres mil libros. Claro que luego lo editaron en Lisboa y en Valencia y bajaron las ventas, normal. Desde entonces no hago más que decirle a don Miguel que escriba una segunda parte, que continúe las aventuras de ese par de locos, que a la gente le divierten esas cosas.

—Pero hace poco que don Miguel editó sus *Novelas ejemplares* y acaba de entregar el *Viaje al Parnaso*.

—Las *Novelas* están bien —reconoció de mala gana—, pero algunas tienen más de diez años y ya circulaban por ahí en copias manuscritas antes de editarlas.

Con eso a duras penas ha pagado su deuda. Cervantes lleva años viviendo a mi costa con la promesa de un segundo *Quijote*, pero no hay manera de que se siente a escribir. Abusa de mi buena voluntad.

—Está mayor… —intenté defenderle, pero Robles me fulminó con la mirada.

—Mayor… —dijo con desprecio—. Loco, más bien. Todavía pretende hacer teatro, fíjate tú, a estas alturas y con todo lo que le ha caído encima y no se da por vencido. Tonterías. Lo que yo quiero es otro *Quijote*, una segunda parte, la continuación, maldita sea. ¿Y qué me da? Un montón de novelitas y un poema extenso que parece un catálogo de poetas.

—Pero ¿no dice en el prólogo de las *Novelas* que está a punto de entregar a la imprenta la segunda parte del *Quijote*?

—También anunció durante años que pronto sacaría la segunda parte de *La Galatea*, y nadie la ha visto.

—Pero el *Quijote* se sigue vendiendo, ¿no?

—¿Vendiendo?

Robles se levantó y dio la vuelta trabajosamente a su mesa.

—Ven, ven conmigo. Sígueme —me dijo cogiendo una vela.

Le obedecí. Debía haberse soltado los machos, porque anduve tras él con la sensación de que los valones amenazaban a cada paso con escurrírsele hasta las rodillas. Me llevó a la habitación donde almacena los ejemplares de todos los títulos que ha editado. En una esquina había un montón enorme de volúmenes en cuarta, de papel malo. Robles cogió uno de aquellos libros y me lo tendió. En su parte superior había una densa capa de polvo.

—*El ingenioso hidalgo*… —leí.

—Con cuentagotas —dijo él—. Se vende con cuentagotas. Hace seis años que ordené tirar esta tercera edición, casi cuatro mil ejemplares, de la que he vendido no sé si llega al centenar. Ya ves, se me está pudriendo en el almacén. Se vende mejor *Las guerras civiles de Granada*, o el *Guzmán*, bueno, ese se venderá bien siempre. A este paso nunca lograré amortizar la tirada. Dinero perdido.

—Pero ¿por qué sacó tantos?

Robles me condujo de nuevo al despacho mientras rumiaba la respuesta. Damián, que se había quedado esperando, se echó a un lado para dejarlo pasar.

—Fui un ingenuo —dijo al fin—. Confié en que Cervantes me entregaría pronto la segunda parte, y con ese reclamo, pensaba vender juntos los dos volúmenes. No sé por qué me fié.

Robles tomó asiento ruidosamente, suspiró fuerte un par de veces, y señalando el papelito que me había enseñado antes, dijo en tono dramático:

—Y ahora esto.

Yo miré el papel sin acabar de comprender.

—Ese tal Avellaneda, un hijo de mala madre, acaba de publicar un libro que se titula…, adivina.

—Ni idea —respondí alzando los hombros con desgana. Si esperaba a que lo adivinase podíamos pasar allí toda la noche.

—La *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* —dijo casi escupiendo las palabras.

—¿En serio?

—¿Acaso ves que me ría?

—¿Lo ha visto?

—Claro que lo he visto. Felipe Roberto, el editor, me ha enviado un ejemplar. Mira.

Robles rescató un papel de entre un montón y me lo tendió. Resultó ser una carta en la que el tal Felipe Roberto se complacía en participar la salida al mercado de la segunda parte del *Quijote* y le preguntaba a Robles si estaba interesado en disponer de ejemplares para ponerlos a la venta en su librería de Madrid.

—Muy correcto —comenté.

—¡Es una burla, por amor de Dios! —exclamó don Francisco iracundo—. Una provocación.

Pues por lo que se ve ha dado en el blanco, pensé, pero me guardé muy mucho de decirlo.

—Se negará entonces —apunté con prudencia.

Robles me miró con cara de incredulidad.

—Le diré que sí. Seguro que se vende bien. No estaría donde estoy si me dejara cegar por la ira. Los negocios no deben verse afectados por la pasión.

—¿Y qué pinto yo en todo esto? —pregunté incómodo.

Robles pareció reflexionar. Por fin, dijo:

—Quiero conocer a ese Avellaneda.

—¿Quiere hablar con él?

—Quiero que lo encuentres y me lo traigas —dijo recalcando las palabras.

Sentí un escalofrío. Su mirada permaneció fija en la mesa. Algo me dijo que no era conversación lo que buscaba el jefe.

—¿Sabes cuánto me puede costar esta cabronada? —preguntó entonces encarándome directamente—. Encuéntrame a Avellaneda, esté donde esté.

—¿No puede dar con él a través del editor?

—¡Yo qué sé! La casa de Felipe Roberto está en Tarragona. Ese será tu trabajo.

—¿Me está pidiendo que vaya a Tarragona?

—Si fuera necesario… Remueve cielo y tierra, ve a donde tengas que ir, rebusca en mesones y mentideros, lo que sea, pero da con él.

Robles mascaba las palabras. Las bolitas de saliva de las comisuras de sus labios habían alcanzado el tamaño de dos granos de arroz.

—¡De mí no se ríe nadie! —añadió—. Necesito que lo encuentres. Quiero que te enteres de dónde vive, con quién duerme, qué come y cuándo caga. Lo quiero saber todo de ese desgraciado. Todo.

Una bolsa de monedas cayó en mi lado de la mesa. La cogí, la sopesé, me dije que al diablo la cortesía, la abrí y le eché un vistazo. Eran doblones, cosa seria, mucho dinero.

—Es un adelanto —dijo Robles satisfecho al ver cómo la avaricia transformaba mi rostro y me predisponía a unas cuantas bajezas—. Deja todo lo que tengas entre manos y dedícate solo a esto. Mientras dure, Rafael ocupará tu puesto en la sala de juego y al final recibirás una bolsa con el doble de lo que sueles ingresar cada noche.

—¿Y la imprenta?

—¿Qué ocurre?

—Estamos empezando a corregir las pruebas del *Viaje al Parnaso*. No creo que a Salazar le haga gracia que deje de ir…

—Yo hablaré con él. No te preocupes por eso.

Creo que se me escapó una mirada de desconfianza, porque insistió.

—Te digo que yo me encargo. Tú encuéntrame a ese Avellaneda. Y hazlo pronto. Toma.

Me tendió un trozo de papel en el que había copiado el nombre y la dirección en Tarragona del editor del nuevo *Quijote*. Yo lo metí en el tubo de lata que llevaba cosido al tahalí, un recuerdo de mis años en el ejército.

—¿Y el libro? —pregunté pasados unos segundos incómodos.

—Yo no lo tengo —respondió don Francisco arrugando la nariz—. Se lo he enviado a don Miguel, a ver si así despierta de una vez. ¿Para qué lo quieres?

—Para echarle un vistazo. Qué sé yo. Tal vez encuentre alguna pista sobre el autor.

—Haz lo que quieras. Ve a su casa y pídeselo de mi parte. ¿Sabes dónde vive?

—Claro —contesté—. He estado allí un par de veces. Yo fui el que le llevó las pruebas de las *Novelas ejemplares*.

—Pues hala. Cuando salgas dile a Manfred que suba. Espera. ¿Qué decías antes del irlandés?

Di un respingo. Me sorprendió el brusco cambio de tema (ya casi había olvidado a la señora), pero don Francisco es de los capaces de oír misa y repicar al mismo tiempo.

—Que está abajo cubriendo una mesa con un par de sus hombres —comenté procurando sonar natural.

—¿Y?

—Nada importante. Rafael sabrá manejarlo. Por cierto, ¿mis ganancias de hoy?

—Yo me encargo. Ya haré cuentas y te daré tu parte. Ahora vete, y a ver cómo aprovechas el tiempo.

5

Crucé una mirada con Manfred en cuanto bajé al zaguán. El alemán estaba sentado en la banqueta con un gato en el regazo. Su manaza casi le cubría el lomo. Con un dedo le rascaba el cogote. El animal tenía los ojos cerrados y daba la sensación de que sonreía.

—El jefe te espera —le dije resistiendo la tentación de gritarle: ¡jefe arriba ahora!

Creo que se dio cuenta. Me miró con sorna, depositó el animal en el suelo y se incorporó con un tintineo metálico. A pesar de la suave corriente de aire, se apreciaba un olor agrio.

—Si bajas luego, dile a Pascualín que vacíe los orinales un poco más abajo.

Manfred se giró en el segundo escalón para decirme: «Tú dile chico». Me callé. Por segunda, tercera o no sé cuántas veces en la noche, me callé. Hace tiempo que descubrí que ese es el secreto de la noche. El silencio. Nunca sabes con quién te las estás viendo, y hay tanto acero… Creo que gracias a eso sigo vivo.

Por mí como si se te encharcan los pulmones de orina, pensé. Dudé si pasar por el garito para ver cómo iba el asunto del irlandés, pero decidí que ya había hecho cuanto estaba en mi mano. Escondí mi recién adquirido tesoro en el jubón junto al pecho, donde pudiera sentirlo continuamente, y luego, aparentando indi-

ferencia, salí a la calle. Junto a la puerta estaba la silla de mano de la señora. Tres hombres, dos con librea y otro cubierto con una capa larga, hablaban mortecinamente sentados en el suelo. Era evidente que pertenecían a una buena casa, aunque la silla no llevaba escudo pintado en la caja. En cuanto me vieron se callaron, me echaron un vistazo y siguieron a lo suyo sin responder siquiera a mi saludo. Aquello confirmó mis sospechas en torno a la calidad de su ama. La petulancia de los criados suele ser reflejo de la de sus amos, y aquellos eran de los que se hacían pagar por facilitar una entrevista con su superior. En estos tiempos, para poder sobornar a un funcionario hay que empezar por dar tajada a sus cocheros.

La noche estaba templada, el aire limpio, libre de la polvareda que de día levantan los coches al circular por el suelo calcinado. Miré con prevención a uno y otro lado antes de aventurarme en las sombras. Todas las noches hacía el mismo recorrido sin temor, pero el hecho de llevar encima una bolsa con dinero hacía que todo fuera distinto. Las casas de juego siempre están vigiladas. Buscavidas, ladrones y asesinos suelen acechar a los ganadores, ¡demasiados he visto vaciarse en la calle como pellejos de vino! La calle de Santiago es estrecha y oscura, pero al menos no tiene soportales ni entrantes que faciliten la emboscada. Por un lado se veía la plazuela de Santiago, silenciosa. Por el otro se sentía cierto bullicio. Unas luces rompían las tinieblas proyectando sombras descomunales contra los muros de ladrillo. Por la esquina de Milaneses entraron tres, cinco, ocho hombres con faroles. La ronda era asidua de aquella encrucijada, frente a la casa de juego de los caballeros, donde cada noche se ganaban un extra escoltando a algún ganador afortunado. Ocho alguaciles armados dirigidos por un alcalde de Corte son una fuerza bastante disuasoria, aunque insuficiente para atravesar Lavapiés. De todos modos, ya he dicho que los clientes de ese garito son de calidad y suelen vivir en torno a la plaza del Salvador, junto a las losas de Palacio o cerca de la calle Mayor.

La ronda se detuvo. Aproveché para andar hacia ellos por el centro de la calle, por donde se hace más fácil esquivar aceros y aguas sucias. Cuando llegué a su altura, alzaron los faroles para verme la cara. Saludé con una inclinación de cabeza. Los conocía a todos. Faltaba el alcalde, don Salvador Remedo, a quien supuse dentro echando cuentas. Por un momento estuve tentado de preguntarles

qué dirección llevaban para ver de ir con ellos, pero decidí pasar de largo como si nada. Algo así les hubiese sonado raro, habrían descubierto mi inquietud, olido mi desconfianza. Era mejor ser precavido porque la connivencia de los alguaciles con las bandas de merodeadores es algo que no se le escapa a nadie, aquí todos esperan sacar un sobresueldo de un sitio u otro.

—Qué temprano te vas hoy. ¿Habéis cerrado ya? —preguntó Fadrique.

Era uno de los corchetes con los que tenía más trato, el que solía pasar por el tugurio a recoger el sobre de su jefe y la parte de los ayudantes.

—¿Eh? —exclamé tenso, pero reaccioné a tiempo—. No, allí siguen. Es que no me encuentro bien. Aún tengo un poco de fiebre.

—Cuídate.

Seguí a paso lento hasta la Puerta de Guadalajara. Los bancos de los soportales estaban vacíos, las puertas y escaparates atrancadas y los toldos recogidos. Aquella era una de las zonas más bulliciosas de la ciudad, y el silencio parecía encarnizarse especialmente allí durante la noche. Eché a andar por la calle Mayor hacia la Puerta del Sol. De las casas asomaban albañales de los que aún goteaban aguas sucias que corrían en hilillos siguiendo la caída de la calle. Las heces se remansaban en sus bocas a la espera de un poco de agua que las arrastrara. El Palacio de Oñate, casa de don Juan de Tassis, conde de Villamediana, brillaba como un faro al fondo de la calle, junto a la plaza. No escatimaba aceite don Juan. Sus portadas estaban encuadradas por tres hornacinas en las que destellaban sendas lámparas protegidas por rejas de hierro. Frente a las gradas de San Felipe un perro devoraba algo que había en el suelo y gruñía amenazador. Seguramente se trataba de desperdicios arrojados por uno de los covachuelistas que servían comidas, y el animal se daba prisa en ingerir cuanto pudiera antes de que amaneciera y los vecinos de la zona soltaran a sus cerdos.

Crucé la Puerta del Sol. El tintineo del agua de la fuente del Buen Suceso ahogó en mi cabeza el hambre del perro. Estaban los cuatro caños vacíos, rebosando agua la pileta de bordes lamidos. Aquella sí que era buena hora para coger agua, pero la ciudad entera esperaría al amanecer, cuando los aguadores acapararan los caños con sus albardas de cuatro cántaros y las mujeres ardieran en ganas de sacarles los

ojos. Junto a la fuente se sentía la humedad y se hacía más patente el aroma de fermento dulzón de la plaza. El suelo estaba plagado de desechos del mercado, sobre todo verduras pasadas y melones apepinados. En la penumbra se adivinaban las sombras de las ratas saltando de un montón de basura a otro. Bebí un poco de agua, me refresqué el cuello y la cara y me adentré en la calle de la Montera.

Yo vivo en la calle de la Flor, detrás de la Red de San Luis, al lado de las Tres Cruces, no sé si se hace idea. Es una callecita pequeña de casas bajas, la mayoría de una planta, aunque las hay de dos, como la mía, con fachadas de ladrillo visto o enjalbegadas de blanco. He dicho como la mía, pero la casa no es mía. Sus dos plantas, tres en realidad si contamos el sótano, y creo que debemos hacerlo considerando que hay quien vive en él, están divididas en habitaciones más o menos independientes. Yo tengo alquiladas dos del último piso. En total creo que por ahora ocupamos la casa cuatro familias, tiempo habrá de hablar de ellas, aunque lo que se dice familias, solo hay dos: la del gallinejero y la del cerero. Digo por ahora porque el propietario ha empezado obras en la buhardilla a fin de sacar unos huecos donde meter unos camastros y llamarlos viviendas. Ni que decir tiene que se los quitarán de las manos.

El camino más corto para llegar a mi casa desde el garito es subiendo la calle Montera hasta la Red de San Luis, luego a la izquierda y después la primera a la derecha. También es el más animado. Aunque por la noche el despacho del pan tras la verja, o la red como gustan en llamarla, esté cerrado y los cajones de los puestos del mercadillo de San Luis parezcan abandonados, las luces del mesón de la Herradura, las de la mancebía de Lucas y los faroles del bodegón de puntapié de Lazcano mantienen el bullicio en la calle casi como si fuera de día.

El hecho de estar cerca de casa me tranquilizó un poco. Sentía el bulto de monedas junto al pecho, pero logré controlar el deseo de ponerlo a salvo repitiéndome mil veces que nadie más que yo sabía una palabra de esa bolsa. Además, por allí tenía amigos, no sería tan fácil que un desconocido me apiolara contra un muro. Por otra parte, como para mí era más temprano que nunca, decidí sentarme un rato a tomar el fresco y comer algo antes de irme a la cama.